

Ortega, la desgracia de América

No es de ahora que pienso así, ni este artículo me ha sido sugerido por el panegirico que en este mismo diario acaba de hacer de él el distinguido escritor, don Luis Lara.

Ya he explicado en ocasiones anteriores que fui un enamorado de don José Ortega y Gasset, el hijo de Ortega y Munilla, por ahí de los años 1915 o 1916, cuando era el más notable colaborador de la "Revista Española", que un grupo de intelectuales fundó con la ayuda económica, principalmente, de don Tomás Meabe. En ella colaboraban Unamuno, Eugenio D'Ors (Xenius), Azorín, Baroja, Luis Araquistain, Julián Besteiro, Luis de Zulueta, Pedro de Répide, Luis Fernández Ardavín, Ramiro de Maeztu, Mariano de Cavia, Benavente, Martínez Sierra, José María Salaverría, Eduardo Marquina, Valle-Inclán (pero no don Ricardo León, que no tenía buen ambiente en el grupo), Pedro Murlane Michelena, Manuel Bueno, Enrique de Meza, Gómez de la Serna, Gómez de Baquero, Ramón Pérez de Ayala, Medina-veitia, Cossío, Juan de la Encina, Ramón y Cajal, García Sanchiz, los caricaturistas Luis Bagaría, Penagos, el dibujante Marin, etc.

Don José abogaba por lo que llamaba la Nueva Política, la política del desinterés absoluto, el repudio de todos los vicios de los partidos tradicionales, el valor para llamar las cosas por su nombre, y la doctrina de que se puede ser político y ser honrado. Ortega empleaba varias designaciones, a manera de seudónimos, para firmar sus brillantes comentarios y ensayos, especialmente el apelativo de "El Preocupado". Tanto nos

impresionaban las ideas tajantes de don José, que un grupo de mocosos intelectualoides, quisimos instaurar su Nueva Política en Costa Rica, y aun llegamos a tener una revista, "COSTA RICA", que costeaba el Dr. don Benjamín Hernández, con complejo desinterés, y que dirigía Octavio Jiménez. Creo que los números que se publicaron ni siquiera se conservan en la Biblioteca Nacional. Yo hice para esa revista una entrevista con el ex presidente Jiménez Orearumano, en su retiro de Cartago. Algunos lo llamaban el Brujo del Irazú. Don Ricardo era el ídolo de Cartago, lo cual no fue obstáculo para que en una ocasión le tiraran cagajones. El contestó con una de sus famosas frases lapidarias y candentes: "Me lo tengo merecido. La naturaleza había decretado que fuera destruida Cartago y yo me empeñé en resucitarla", o algo por el estilo. Don Ricardo en esa entrevista dijo tales cosas que afectaban a algunos de los personajes que yo más admiraba, a tal punto que no me atreví a estampar todo lo que me dijo.

Los libros de Ortega, que comenzaban ya a aparecer eran otra cosa. El hombre escribía sobre todo lo humano y lo divino, hasta de música, donde, en opinión de algunos conocedores, metía la pata. Era un copioso ensayista, conciso, a ratos, pero no tanto como Bacon ni tan original como Montaigne. Luego lo perdí de vista, especialmente después de mi traslado a los Estados Unidos, en 1922. Sin embargo, leía u hojeaba, por lo menos, algunos números de la "Revista de Occidente", donde se daban a conocer todos los nue-



Cristián Rodríguez

vos representantes de la filatelia filosófica europea, especialmente alemana. El hombre empezó a no gustarme. El hiperbóreo pensamiento alemán no parece acomodarse muy bien con el genio español, aunque se da el caso del filósofo Krause, que nadie supo lo que pensaba, pero que dio lugar a un nuevo movimiento "filosófico" en España, el krausismo, al que se adhirieron Salmerón, don Gumersindo y don Patricio de Azcárate, creo, aunque no estoy muy seguro, don Francisco Giner de los Ríos, Castelar, Juan Maragall y don Francisco Pi y Margall, para citar apenas unos pocos de los pensadores aquejados de krausismo.

Don José, pues, fue a Heilderberg y se hizo allí nibelungo. Su

ópera omnia fue traducida al alemán, idioma donde puede decirse se hallaba en su charco. Llegó así, pues, a ser entre los filósofos, "Primerero de España y Quinto de Alemania"

Su pensamiento comenzó a hacer furor tanto en España, donde era sin embargo discutido, como sobre todo en América, donde las ideas de don José llenaban fácilmente el vacío filosófico que siempre ha habido en este continente. Su influencia aquí ha sido desastrosa, en cuanto que encontró una serie de imitadores, que adquirieron una noción equivocada de la filosofía, según la cual para ser filósofo no se exige ningún requisito, ni siquiera el enciclopedismo del maestro Ortega. Basta con sentarse a empollar huevos filosóficos, de donde saldrá, si no el Ave Fénix, por lo menos un guajalote o chompipe filosófico. El filósofo, a imitación del maestro, no tiene otra cosa que hacer para alcanzar la inmortalidad, que subirse al trípode, respirar un poco de incienso que se desprende de los turibulos de los incondicionales admiradores del genio, del filósofo, a quien ni siquiera se le exige saber filosofía, pues su tarea puede limitar a "filosofar" como proponía Karl Jaspers, uno de los descubrimientos que hizo don José en Alemania. Dichosamente Jaspers murió y no siguió haciendo daño.

Volviendo a nuestra pobre América "impensante", diremos que la inspiración filosófica derivada del maestro, no puede ser más deletérea, deliquescente e invertebrada. El filósofo no está obligado a nada sino a empollar como digo, huevos filosóficos.

Para terminar debo decir que tengo en mi biblioteca un libro voluminoso de Lógica, escrito por un catalán, que es una mezcla de escolasticismo e inspiración existencialista, en la que todos los morrocotudos problemas de la lógica se resuelven con una oportuna cita de algún escrito de don José. Eso es fatal para la lógica y la filosofía